



NÚMERO 829

4 DE OCTUBRE DE 1915

AÑO XXXII

REGALO A LOS SEÑORES ABONADOS A LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



1 a 4.—Sombreros de vestir

SUMARIO

TEXTO. — Explicación del suplemento. — Descripción de los grabados. — Crónica de la moda. — Consejos útiles. — Las mu-
jeres de Ibsen. — Oliverio Twist, novela de Carlos Dickens
(continuación). — Recetas culinarias.

GRABADOS. — 1 a 4. Sombreros de vestir. — 5 a 7. Trajes de
luto. — 8 a 14. Blusas de novedad. — 15 a 20. Trajes estilo
de sastre. — 21 y 22. Chaqueta de entretiempo y patrones.

EXPLICACIÓN DEL SUPLEMENTO

FIGURÍN ILUMINADO. — Traje de vestir, de hechura de sas-
tre, de última novedad, de gabardina color de kaki. Falda
muy ancha, con pliegues
ocultos sobre el delantero.
Chaqueta con faldón cor-
tado en forma. Chaleco y
cuello bordado de tren-
cilla. Bolsillos en la cha-
queta, que va adornada,
además, con botones de
fantasía.

DESCRIPCIÓN
de los
GRABADOS1 a 4. SOMBREROS DE
VESTIR.

I. *Gran canotier*, adorna-
do de un vistoso grupo
de plumas de gallo, colo-
cado en el lado derecho,
hacia adelante.

II. *Sombrerito* llamado
cabriolet, de terciopelo
color azul antiguo, adorna-
do de plumas color de
castaña muy claro y de una
cinta de tafetán del tono
de color de las plumas.

III. *Toca* estrecha, de
terciopelo negro, muy
sencillamente drapeada de
un solo trozo de dicha tela,
formando además hacia
adelante un alón del ter-
ciopelo: un segundo alón
de encaje de Chantilly
añade una suprema ele-
gancia a esta linda toca.

IV. *Sombrerito* muy sen-
cillo y muy *chic*, de ter-
ciopelo azul marino, con
la copa, de hechura de
boina, ajustada a una cinta
de tafetán azul natter, y
el ala, también de terci-
pelo, muy inclinada en
derredor.

5 a 7. TRAJES DE LUTO.

I. *Traje* muy sencillo,
de raso de lana negra.
Falda con el borde adorna-
do de un ancho bies de
crespón. Canesú, borde
de las mangas y cinturón
también de crespón.

II. *Traje* de jerga negra
muy fina. Falda montada
a tablas, adornada con
grandes picos, lo mismo
que el cuerpo, de crespón
inglés. Cinturón con hebi-
lla de azabache y cuello
de hechura Robespierre.

III. *Traje* sencillo de gran luto, de paño negro, con ancho
delantal de crespón inglés. Cinturón de crespón, botones redondos y mangas largas. Interior de tul negro.

8 a 14. BLUSAS DE NOVEDAD.

I. *Blusa* de vestir, de velo de seda azul. Tiras de seda forman escote cuadrado. Mangas largas y escote fruncido, sujeto por una cinta estrecha de terciopelo negro.

II. *Blusa* de terciopelo suave listado, con canesú y cuello de seda de tono más claro, adornada con bordados de los mismos tonos, y puños de seda.

III. *Blusa* de crespón de seda liso, con canesú de seda listada formando peto. Mangas cortas y botones de fantasía.

IV. *Blusa* de novedad, de linón de hilo blanco, con el delantero y los hombros adornados de bellos bordados. Gran cuello rodeado de un plegado. Mangas largas, orladas de un merino plegado de tul.

V. *Blusa* de paño de seda muy suave, adornada con galones de seda. Cuello Robespierre y mangas largas, con puños guardados de galones de seda. Botones de fantasía.

VI. *Blusa* de linón blanco, plegada sobre los hombros, con

delantero, cuello y mangas adornados de calados. Botones de nácar.

VII. *Blusa* elegante, de velo de seda y encaje muy fino. Mangas largas y cuello recto, adornado con un lazo de seda echado hacia atrás. Botones de esmalte.

15 a 20. TRAJES ESTILO DE SASTRE.

I. *Traje* sencillo de grueso cheviot azul marino. Falda ancha, con un pliegue oculto delante, adornada por el borde de una tira respunteada. Chaqueta sencilla con el talle muy marcado, cuello, cinturón y puños adornados de pespuntos. Botones de corozo.

II. *Traje* elegante, de gabardina. Falda campana completamente lisa. Chaqueta con faldón cortado muy en forma. Cuello Robespierre, de terciopelo de tono más oscuro que el del traje. Botones de gabardina, rodeados de terciopelo.

sangrienta actualmente media Europa, y no nos parece inoportuno transcribir aquí algunas de sus consideraciones.

Con la guerra—dice—, la vida de las burguesas ricas y de las damas aristócratas se ha transformado completamente. Desde una punta a otra de Francia, en todas las ciudades, puede verse el mismo cuadro repetido, de modo que llega a creerse que uno se encuentra siempre en el mismo lugar: una sala de hospital vasta, las más veces cómoda, con sus camas alineadas, ocupadas por los heridos, y otros heridos que caminan penosamente, apoyándose en sus muletas o en un bastón, vestidos todos distintamente;

mientras las señoras, todas uniformadas de blanco, con un velo que enseña la Cruz Roja sobre la frente, cuidan de los enfermos, mostrándose siempre amables, atentas, presurosas.

Este cuadro no tiene nada de heroico, pero tampoco es triste. En muchas partes se ven colocados búcaros con flores; la sala se mantiene aireada y con el debido bienestar; en todas partes se hace sentir una atmósfera de cordialidad y de simpatía.

Sería interesante penetrar el motivo por el cual estas señoras, que antes de la guerra permanecían indiferentes ante todas las miserias, han invadido los hospitales. Estas señoras—asegura la escritora—no han cedido a un impulso del momento; por otra parte, una hermana de la caridad no se improvisa. ¿Ha sido, pues, la guerra que les infundió este espíritu de abnegación? Sería una explicación demasiado simple. ¿Acaso se han convertido en enfermeras por seguir la moda? El vestido, en efecto, es simpático: blanco, vagamente monacal, comunicando a la mujer que lo lleva una gracia y atractivo particulares.

«Pero no creo—añade—que la austera moda de la abnegación pueda imponerse sin un motivo superior, y estos motivos provie-

nen sin duda de la evolución que, poco a poco, se ha ido operando en el espíritu de la mujer... Hoy en día el conjunto de las costumbres se ha modificado lo mismo en las clases elevadas que en la pequeña burguesía. Se han multiplicado las ocupaciones, los deportes han hecho los músculos más robustos, la cultura intelectual ha refinado el espíritu, el deseo del propio bienestar ha redoblado la actividad humana. La romántica, la soñadora es un mito, porque los tiempos ya no se adaptan al ensueño ni al romanticismo. Aquellas mujeres que se desmayasen al ver correr la sangre inspirarían lástima.

»Las elegantes y las burguesas, cada día más numerosas, que trabajan para vivir, han adquirido mayor iniciativa, mayor resolución, un sentido más práctico de la vida; han aprendido todos los oficios, saben hacerlo todo, y son a veces artistas, o masajistas, u organizadoras o cocineras.



5 a 7.—Trajes de luto

III. *Traje* de grueso cheviot azul marino. Falda plegada Chaqueta con el talle bastante corto y la haldeta o faldoncillo con un pliegue oculto a cada lado. Cuello y bocamangas de terciopelo negro y botones de fantasía. Adorno de seda.

IV. *Traje* de tela chiné. Falda con tablas a los lados. Chaqueta con haldeta, cuello recto y botones de corozo.

V. *Abrigo* de viaje, de grosísimo cheviot color de castaña, con grandes bolsillos a los lados. Cinturón abrochado delante con grandes botones de asta.

VI. *Traje* de suma novedad. Falda campana y chaqueta bastante ancha del borde. Cinturón estrecho, cuello recto y botones redondos.

CRÓNICA DE LA MODA

La ilustre escritora Tomy d'Ulmés ha publicado en la *Revue hebdomadaire* un artículo sobre la movi-
lización femenina con motivo de la guerra que en

»Y éstas de aquí se han examinado, han seguido los cursos de la Cruz Roja. En vez de entretenerse haciendo ganchillo, han aprendido a curar. (Lo que no ha de ser obstáculo para que hagan ganchillo en momentos oportunos.) Esta generación que se estaba educando tan distintamente de las anteriores, sin

talleres, donde trabajan, sin afectación, incontables manos. Nuestras mujeres hilan la lana y las más jóvenes tejen la malla y hacen ganchillo.

«Dar al mismo tiempo la obra propia—termina diciendo la escritora d'Ulmés—, el propio corazón, tener las manos blandas y un alma llena de amor y

chaleco su compañero. En la clase, cuando el maestro le preguntó la lección, el chico, como de costumbre, llevó la mano al chaleco y, no encontrando el botón, quedó desconcertado y no supo responder.

Con remordimiento agrega el autor: «la confusión de aquel muchacho hizo que yo sacase mejor nota que él y que, habiendo yo alcanzado su puesto, se quedase él rezagado para siempre, sin que nunca sospechase quién fué el autor de tal travesura.»

Hay personas que, en efecto, encuentran en algún hábito un poderoso auxiliar para la memoria; pero tiene el inconveniente de que ésta depende enteramente de esa ayuda, y en cuanto falta, se pierde o se extravía.

Y es que el hábito va poco a poco enseñoreándose de la mente y de una persona hasta convertirse en segunda naturaleza, y acaba uno por hacer maquinalmente aquello que, al principio, sólo se hacía con un esfuerzo y con trabajo.

Una leyenda oriental cuenta que un mago descubrió, por arte de encantamiento, que la

piedra filosofal se hallaba mezclada con otros guijarros al borde de un río. Para encontrarla se armó de un trozo de hierro y se fué a recorrer la margen del río, cogiendo uno por uno los guijarros y acercándolos al hierro. Como ninguno de ellos resultaba ser la piedra que buscaba, los iba arrojando al río, hasta que al fin, después de muchas horas de andar y de pro-



8 y 9.—Blusas de novedad



10 y 11.—Blusas de novedad

darse cuenta, tenía el sentido de sus destinos. Por una especie de precencia sibilina, esta generación se estuvo formando durante cuarenta años para el acontecimiento espantoso que nadie esperaba, y que, no obstante, no le ha cogido de sorpresa.»

Estas mujeres, que se habían preparado en la paz y para la paz, se han adaptado maravillosamente a la guerra.

Lucharon antes por obtener los mismos derechos que el hombre y ocuparon los mismos empleos. Y ahora que los hombres afrontan la muerte, defendiendo a la patria, no quieren permanecer ociosas en el hogar. Sienten una necesidad extraña de restablecer el equilibrio, de *movilizarse* también ellas, ya que todos los hombres se han movilizado. Y se han movilizado en el sentido de su fuerza y de su inteligencia.

No puede decirse, sin embargo, que el viejo fondo inalienable del alma femenina haya cambiado. Reconocemos la utilidad preciosa de sus servicios como enfermeras.

Ya no se sonríe al oír hablar de las damas de la Cruz Roja, que acudían a los hospitales casi siempre a disgusto de los doctores. Gracias a sus estudios, a su preparación consciente, se encuentra en aptitud de prestarle a la cirugía una ayuda valiosa... Y también aquellas que han hecho estudios especiales pueden rendir grandes servicios, porque todas tienen conocimientos de higiene, de medicina, y una cierta práctica.

La costumbre de vivir fuera de su casa facilita el cumplimiento de sus deberes como enfermeras. Sin pena abandonan un hogar que dejaron ya otras veces para ir a divertirse. Todo el tiempo que gastaban en los pasatardes o meriendas, en las visitas y conferencias, lo emplean ahora en la ambulancia. Su actividad, su necesidad de prodigarse encuentra un empleo. Sus nervios resisten todas las pruebas; no sienten la fatiga. El ejercicio en las pistas de patinar y en los trinquetes al aire libre han endurecido sus músculos. Los teatros, los bailes las han acostumbrado a las vigiliat; y todas las cualidades superiores que existen en la mujer moderna, han encontrado un vasto terreno donde ejercitarse, elevando el espíritu femenino. Tienen manos blandas para curar, un tierno corazón para prodigar los consuelos; el instinto maternal, vivo o latente, se desarrolla de modo admirable a la cabecera de los heridos, a quienes el dolor hace iguales a los niños.

Las mujeres que no cuidan a los heridos trabajan para los combatientes. Han organizado incontables

de piedad, para atenuar, siquiera fuese en una mínima parte, los males de la guerra, tal habrá sido el deber humilde y magnífico que habrán cumplido las mujeres, mereciendo por ello el reconocimiento de la patria.»



12 a 14.—Blusas de novedad

CONSEJOS ÚTILES

Refiere Wálter Scott en su autobiografía un incidente de su niñez que denota, no tan sólo su espíritu de observación, sino también la influencia que un hábito adquirido ejerce en las facultades mentales de un individuo.

Dice el gran novelista que en la escuela había un alumno que siempre le pasaba delante, sin que él le pudiese sobrepujar en la clase, por mucho que se esforzaba en hacerlo. Observó, sin embargo, que cada vez que contestaba a las preguntas del maestro, tenía ese muchacho el hábito de manosear uno de los botones de su chaleco, y se le ocurrió al joven Wálter cortar ese botón un día que, al jugar, se había quitado el

bar guijarros, tropezó con uno que, al ponerse en contacto con el hierro, mostró ser el que tanto deseaba. Pero el hábito ya adquirido de ir arrojando los guijarros, hizo que maquinalmente, y sin darse cuenta de ello, echase también al río la piedra filosofal, que se le fué de las manos para siempre.

Un escritor inglés compara los hábitos a los pequeños manantiales que, uniéndose unos con otros, van formando los arroyos que nutren los riachuelos, con los cuales se va aumentando el caudal de los grandes ríos. Así es también el carácter, el cual se consolida con los pequeños rasgos que en forma de hábitos se adquieren desde la niñez.

Los malos hábitos ofrecen al hombre pusilánime una gran dificultad para vencerlos, a pesar de que para un ánimo esfor-



15 A 17

TRAJES ESTILO DE SASTRE



Casten DROUET, Editeur Paris

EL SALON DE LA MODA

Montaner y Simon Editores Barcelona,

Reproduction Prohibida

XXIX - 829

CRISTOL-TOCADOR

antiseptico para el tocado intimo
de las SEÑORAS

Cura las afecciones uterinas

VIAL - PARIS, y todas las farmacias

*Solución Sautauberge, el
remedio más eficaz para curar enfer-
medades del pecho las toses recientes y
antiguas las bronquitis crónicas.*

Ayuntamiento de Madrid



La "CRÈME SIMON", Es un
producto maravilloso para el
cuidado del rostro y su belleza.
— Polvo de arroz y jaboncillo
à la "Crème Simon".

PL 191





18 A 20

TRAJES ESTILO DE SASTRE



21.—Chaqueta fantasía de entretiempo

Confeccionada con lana lisa, o glacé seda; cinturón de piel del mismo tono del género

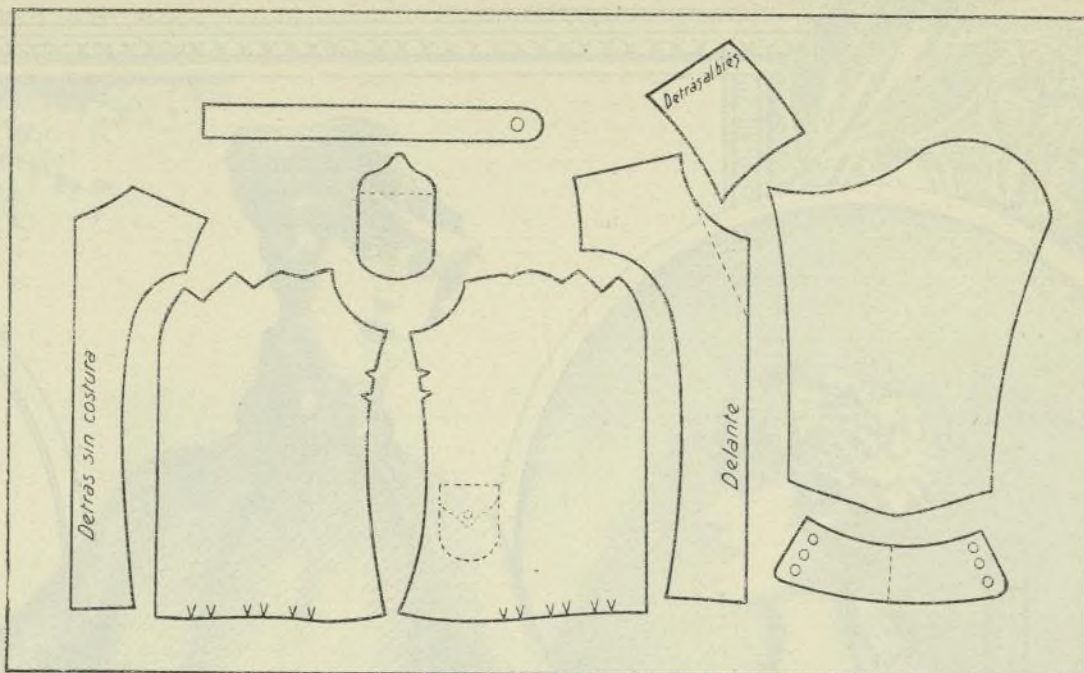
zado sólo presentan una tenue resistencia. Como ilustración de esta verdad, hay una fábula que describe los esfuerzos que hizo una princesa para escapar de un castillo en que estaba aprisionada. Descubrió un pasaje secreto y angosto por el cual se escurrió hasta que, al ver una telaraña que cerraba el boquete, se detuvo un momento. Atravesó por fin a romper la telaraña y prosiguió su camino. A poca distancia otra telaraña le cerró el paso, pero también la rasgó y siguió adelante. No tardó en hallar otra, y otra después, hasta que, al fin, cansada y temerosa, desistió de su fuga y se sentó a llorar desconsolada al ver que esas tenues barreras la privaban de su tan ansiada libertad. ¡Así son muchos pequeños hábitos que, por no saber dominarlos, tienen aprisionado al que es víctima de ellos!

LAS MUJERES DE IBSEN

La mujer, ha dicho Corsi en la *Italia Moderna*, es el alma de la mayor parte de los dramas de Ibsen, siendo generalmente una mujer fuerte, en el bien o en el mal, una que es o aspira a ser una individualidad, y que a este ideal dedica alma y cerebro, pensamiento y acción. Ibsen, como Víctor Hugo (1), no admite medianías, y hasta las desprecia y las odia; de aquí que no admita ni pueda concebir la mujer mediana, la mujer débil (2). Ibsen ha batallado por la emancipación intelectual de la mujer, aunque rechazando siempre con desdén el epíteto de feminista;

(1) Estas aproximaciones de Ibsen a Víctor Hugo y a Dumas las hace Corsi, y claro es que al extractar, siquiera sea en la forma que acostumbramos a hacerlo, el artículo de Corsi, fuerza nos es recogerlas. Pero nos importa hacer constar, para salvar nuestra opinión, que jamás se nos ocurrirá por cuenta propia poner a Ibsen, con sus nebulosidades nórdicas, al lado de Hugo ni de Dumas, ni por el fondo, ni sobre todo por la forma, que en literatura vale quizá tanto como el fondo mismo. No hemos de rendir tributo a la moda por ser moda, sino por ser buena o bella, y somos poco aficionados a la hipébole ni a formar en los rebaños de Panurgo. Harto sabemos lo que hoy privan Ibsen y Björnson, como antes privó Zola; pero, sin escatimar sus merecimientos, fuerza nos es declarar que no nos dejamos arrastrar por la corriente hasta el punto de poner tales autores al nivel de un Víctor Hugo. Hay mucha distancia entre ellos, y esperamos que así como pasó el culto al *teísmo* zoliano, pasará, en los pueblos latinos por lo menos, el culto a los nebulosos autores que hoy reciben más incienso del que merecen.

(2) Falta probar que la mujer que se deja llevar de sus pasiones o que pone su independencia o su criterio por encima de todo, sea más fuerte que la que sabe dominarse y logra triunfar de sí misma, sometándose a las convenciones sociales y cumpliendo los deberes tradicionales de la mujer. Lo primero es harto fácil; lo difícil y lo grande es lo segundo.



22.—Patrones de la chaqueta

no veía más ideal que el de la verdad, y sólo la gran lucha le parecía digna del hombre. Por eso se ha rebelado contra el matrimonio, y por eso le han llamado anárquico. Sus heroínas, solas y sin amor, marchan a la ventura, con la gran misión y el solo deber de rehacer su yo, de «hacerse ideas», como dice Nora (1).

Las mujeres de Ibsen son intelectuales que se proporcionan a toda costa las emociones mentales requeridas por sus pasiones de idealistas: ¿Sentís, por ejemplo, lo que Rebeca dice al pastor Rosmer, estupefacto: «El deseo de ser tu querida se ha abatido sobre mí como una de aquellas tormentas de invierno allá en lo alto, en el Norte»? (2). Ibsen no ha hecho sino heroínas a lo Dumas, envueltas en nieblas nórdicas, se ha dicho. Nada de eso: las mujeres de Ibsen son cosa muy distinta; su ambición es toda interna, intelectual, ideal.

El amor en los dramas de Ibsen es siempre la *magna pars*, pero se muestra poquísimo. ¡Cuántas parejas de novios desfilan en *La comedia del amor*! Aparecen tipos como Skaere, temperamento poético que a fuerza de sentimentalismo acaba por hacerse fastidioso; afirma que la poesía da un tinte rosáceo a la vida; pero esa poesía se desvanece el día en que del amor pasa al desposorio, «como la flor cuando el fruto empieza a formarse»; otro tipo es el de la señora Straamand, casada contra su voluntad, y en la que el amor, con la boda, se transforma en una simple función procreativa. Pero entre todas sobresale Ivanhilde, que ama a un hombre que la comprende y que sabe comprender; su amor viene sacudido por los ataques de un escepticismo sin piedad; la joven, entonces, antes de que su amor se manche, y para que siga siendo un recuerdo puro y cándido hasta la muerte, se aparta para siempre del hombre amado. Pero veamos las grandes figuras del teatro ibseniano.

Hedda Gabler es, con Nora, una de las más grandes creaciones de Ibsen y del teatro contemporáneo. En Hedda Gabler está el análisis, la sátira terrible y la condenación de un mal que hace numerosas víctimas: el sacrificio de lo bueno, no a lo bello, sino a la ilusión de lo bello. La heroína es una *traviata* desde el principio, luego una loca, una depravada intelectual, la forma más dañosa de depravación; al encontrar en la escalera a Thea, su amiguita de co-

legio, sentía especial goce con tirarla de los rubios cabellos, que la exasperaban. Hija de un loco y soberbiamente hermosa, se une con un joven sabio, Jorge Tesman, que no tiene práctica ninguna de la vida ni patrimonio alguno, pero que espera obtener una cátedra al volver de su viaje de boda, pues el único competidor temible que tiene es Ejler Lovborg, hombre de valer, pero que se ha dado a una vida desarreglada y a la bebida.

Hedda había conocido a Ejler, habiéndose complacido de muchacha en provocar sus confidencias equívocas y deleitándose con su corrupción; pero un día el escritor había intentado abusar de ella, y ella le había amenazado con un revólver. Casada con Tesman, emprende su viaje de boda, y durante su luna de miel Ejler se regenera, gracias a la intervención de Thea, la amiguita rubia de Hedda, y publica un libro que le da gran notoriedad. Hedda, al saber que la inspiradora de la regeneración es Thea, siente una especie de celos; como por otra parte se aburre, pues su marido no la divierte, y un juez que la persigue tampoco le hace gracia, su amor, o lo que fuera, retoña, declarando que en sus anteriores relaciones con Ejler había «algo de bello». Y he ahí la palabra grande, surgiendo venenosa del drama. Hedda envidia a Thea, no porque posea el cuerpo ni el corazón de Ejler, sino por haberle inspirado una obra; por eso detesta tal obra y destruye su manuscrito, perdido por su autor en un momento de embriaguez. Ejler se suicida en casa de una actriz con el revólver mismo que había servido a Hedda para defenderse de él; y Hedda a su vez, amenazada por el juez con un escándalo si no escucha sus palabras de amor, se mata también. Todo el interés del drama está en el análisis del alma de Hedda, tipo de mujer completamente ibseniano: una dama *fin de siècle* noruego, que no tiene respeto a la ancianidad ni al dolor, egoísta, falsa, implacable; pero, sobre todo, una mujer que se aburre.

Campeón de la emancipación femenil, Ibsen aparece principalmente en *Casa de muñecas*, su obra maestra, hoy admirada en todo el mundo culto. La protagonista es una señora joven, Nora, aparentemente felicísima, pero cuya felicidad descansa en un engaño, y al desmoronarse el frágil castillo en que se asienta, Nora parte, abandonando a sus hijos, para cumplir un altísimo deber, para buscar una razón de vivir, una ley moral a que someterse libremente. Junto a Hedda y Nora brilla también la gigantesca figura de Rebeca, una judía representante del idealismo. Las demás heroínas ibsenianas son dulces figuras de mujer, aspirantes todas a la emancipación moral: Dina, la pobre muchacha adoptada por Bernick, nacida para respirar el aire de la libertad, en *Las columnas de la sociedad*; la buena y afectuosa Inés, de Brand; Gina, en *Patos salvajes*; Elida, en *La señora del mar*, son figuras, según Corsi, admirables, concepciones grandiosas dignas de estudio.

(1) ¿Y ésta es la «gran misión» de esas grandes mujeres que nada tienen de débiles ni de medianas? ¿Hay mediocridad mayor que la de semejantes mujeres? A tales excesos conduce la manía de ponderar a ciertos autores.

(2) Se necesita ser Ibsen para hacer hablar de ese modo a sus personajes: la comparación es preciosa, adecuada y llena de novedad; y el realismo de su fondo se armoniza tan bien con lo poético de su forma, que no es extraño que Rosmer se quedara estupefacto al oír tamaña declaración. Hay que ir a Noruega para comprender y admirar estas cosas.

En todas sus creaciones femeniles Ibsen ha intentado mostrar sobre todo la lucha por el individualismo, la reivindicación de los derechos de la conciencia individual contra las falsas leyes escritas que no prevén los casos particulares, y contra las convenciones sociales, que sólo dan importancia a las apariencias. Ha mostrado en cierto modo el rescate y la purificación por el sufrimiento y el perdón de ciertas culpas que el fariseísmo condena (1). En el matrimonio, la unión perfecta de las almas no puede descansar sino en la libertad y en la completa sinceridad de los dos esposos, en el completo conocimiento que deben tener uno de otro: verdades tan añejas como la misma sociedad actual, pero que parecen cosa nueva viniendo del país de las brumas y envueltas entre nieblas.

F. A.

OLIVERIO TWIST

NOVELA DE CARLOS DICKENS

(Continuación)

—Dame la otra, dijo Sikes: ¡aquí, Turco!

El perro levantó la cabeza gruñendo.

—Atiende, bravo mío, añadió Sikes poniendo la mano en la garganta de Oliverio y profiriendo un espantoso juramento: ¡si habla una palabra, cógelo por ahí!, ¿comprendes?

El perro gruñó nuevamente, se lamió el hocico y miró a Oliverio como si tuviera deseo de saltarle a la garganta sin tardanza.

—El lo hará como se lo he dicho, ¡voto a mil de monios!, dijo Sikes dirigiendo a su perro una mirada de feroz satisfacción.

—Entretanto, ya sabes lo que te espera, chico: así, grita, si te place, que el perro se encargará de hacerte callar; vamos, de prisa.

Turco meneó el rabo para dar gracias a su dueño por estas palabras cariñosas a las cuales no estaba acostumbrado; después dirigió nuevos gruñidos a Oliverio y se adelantó.

Tenía lugar esta escena en Smithfield; al llegar a Grosvenor-Square, Oliverio no había obtenido ninguna ventaja. La noche estaba oscura y el cielo encapotado. La luz de las tiendas apenas se divisaba a través de la densidad de la niebla, que aumentaba a cada instante y envolvía en las tinieblas las calles y las casas; el aspecto de aquellos sitios era completamente extraño a Oliverio, y su ansiedad crecía.

Andaban con paso precipitado, cuando el reloj de una iglesia vecina dió la hora. A la primera campanada, Sikes y Nancy hicieron alto y aprestaron el oído.

—Las ocho, Guillermo, dijo Nancy.

—¿A qué decirme eso? Ya lo oigo.

—Y ellos, yo quisiera saber si ellos lo oyen también, dijo Nancy.

—Es claro que sí, repuso Sikes; cuando me atraparón era la época de la feria de San Bartolomé, y no hubo en toda ella una mala trompeta cuyo sonido no oyese al encontrarme encerrado por la noche; el tumulto y el vocerío exterior contrastaban tan espantosamente con el silencio de mi maldita prisión, que más de una vez estuve tentado de romperme la cabeza contra la puerta.

—¡Pobres muchachos!, dijo Nancy, con la cabeza vuelta hacia el punto en donde se había oído el reloj; ¡qué sujeción, Guillermo, la de esos muchachos!

—He aquí las mujeres, contestó Sikes; no se fijan más que en esto: ¡pobres muchachos! Y bien; si no han muerto ya, estarán poco menos que sin vida: tanto mejor, así no hablarán.

Pareció en aquel momento, al decir esto, reprimir un movimiento de celos, y estrechando fuertemente la mano de Oliverio, le dijo que anduviera.

(1) Como esas culpas son las del adulterio, fuerza es consignar, en honor de la verdad, que no es sólo el fariseísmo quien las condena, sino el buen sentido y la sana razón, quedando sólo para los que se honran con el mote de *decadentes* u otros no menos expresivos el disculparlas y hasta el glorificarlas.

—¡Un momento!, dijo la joven: yo no pasaría tan aprisa por este sitio, amigo Guillermo, si se tratase de que te ahorcaran mañana a las ocho; aun cuando estuviese nevando y no tuviera un chal para abrigarme, daría la vuelta por completo a esta plaza.

—¿Y de qué me serviría a mí esto?, preguntó el brutal Sikes; a no ser que fuera para darme una lima y treinta varas de la mejor cuerda, tanto me importaría que caminaras cincuenta millas como que te quedaras quieta en un mismo sitio. Vamos, anda y no permanecemos aquí una hora diciendo necesidades.

La joven se echó a reír, ajustó su chal y siguieron andando. Oliverio notó que la mano de Nancy temblaba y al pasar cerca de un farol observó que su semblante estaba pálido como la muerte.

Durante media hora marcharon por calles sucias y solitarias, y los pocos transeúntes que en ellas encontraron tenían todo el aire de ocupar en la sociedad una posición semejante a la de Sikes. Por fin se metieron en una calle todavía más sucia y llena de tiendas de ropavejero. El perro seguía delante, como si comprendiera que era inútil la vigilancia, y se paró en la puerta de una tienda cerrada y al parecer deshabitada, puesto que la casa estaba casi convertida en ruinas, y un cartelón clavado en la puerta, que parecía haberse fijado allí hacía mucho tiempo, anunciaba que estaba para alquilar.

—Todo va bien, dijo Sikes, después de haber echado a su alrededor una mirada escudriñadora.

Nancy pasó la mano por la puerta, y Oliverio oyó el sonido de una campanilla y después el de un cerrojo que se corría con precaución. En el mismo instante se abrió la puerta, y, sin ninguna clase de cumplidos, Sikes cogió por el cuello al muchacho, que temblaba de miedo, y los tres se introdujeron en la casa.

El patio estaba completamente oscuro, y oyóse que la persona que les había introducido, después de haber acariciado al perro, se había detenido a cerrar la puerta.

—¿No hay nadie?, preguntó Sikes.

—No, contestó una voz que Oliverio creyó reconocer.

—¿El viejo está ahí?, volvió a preguntar el bandido.

—Sí, contestó la misma voz, y os está escuchando. Va a estar más contento de veros, que si le hicierais un regalo.

El estilo de la contestación, así como la voz del que hablaba, no eran desconocidos a Oliverio; mas era imposible ver nada en aquella obscuridad y distinguir quién era.

—Alumbraos, dijo Sikes, o de lo contrario vamos a rompernos la cabeza o a pisar el perro, y entonces no respondo de lo que va a suceder a nuestras piernas.

—Esperad un momento y tendréis luz, contestó la misma voz.

Se oyeron los pasos de alguien que se alejaba, y al poco rato apareció Dawkins, por otro nombre el *Truhán*, llevando una vela fija en la punta de un palo.

El joven pillote no se detuvo para trabar nuevo conocimiento con Oliverio: contentóse con dirigirle un gesto extraño e hizo seña que le siguieran todos. Bajaron la escalera, atravesaron una cocina en la cual no se veían más que las cuatro paredes, y abriendo la puerta de una habitación baja y húmeda, entraron en una pequeña sala, en la cual fueron acogidos con grandes carcajadas.

—¡Oh la buena cabeza!, exclamó Charlot Bates riendo estrepitosamente. ¡Miradlo! ¡Miradlo, Fagin; mirad su facha! ¡He aquí una broma graciosa! ¡No puedo más, tenedme o voy a reventar de risa!

La alegría de Bates no era fingida: se dejó caer al suelo, y agitando convulsivamente sus piernas por espacio de cinco minutos, no pudo dominar sus transportes de alegría. Por fin levantóse, cogió la vela que tenía el *Truhán*, y acercándose a Oliverio, le examinó de pies a cabeza; mientras que el judío, quitándose su casquete, saludaba respetuosamente al aturrido muchacho, y el *Truhán*, poco inclinado a reír cuando tenía ocasión de ejercitar su talento, examinaba los bolsillos de Oliverio con cuidado minucioso.

—¡Mirad, Fagin, qué lechuguino está!, dijo Charlot, aproximando tanto la luz al vestido nuevo de Oliverio que parecía querer encenderlo; ¡mirad qué

pañó tan superior y qué olor a pastillas de ámbar! Esto es muy bueno, y además algunos libros; Fagin, es un *señor* completo.

—Me alegro de veros en este estado, querido mío, dijo el judío saludando irónicamente a Oliverio; el *Truhán* os dará otro vestido, amiguito mío, para que no estropéis el de los domingos. ¿Por qué no nos habéis escrito para anunciarnos vuestra llegada? Hubiéramos tenido preparada una excelente cena.

A estas palabras, Bates empezó a reír de nuevo con tanto gusto que el mismo Fagin y el *Truhán* no pudieron menos de sonreír; pero como este último sacó en aquel momento del bolsillo de Oliverio el billete de cinco guineas, no puede explicarse la inmensa alegría de Charlot al hacer este nuevo descubrimiento.

—¡Oh, oh!, ¿qué es esto?, preguntó Sikes echándose sobre el judío que iba a meterse el billete en el bolsillo: esto me pertenece, Fagin.

—No, no, amigo mío, esto es mío, Guillermo, es mío; vos os quedaréis con los libros.

—Si os atrevéis a decir que esto no es mío, replicó Sikes encasquetándose su sombrero con aire resuelto, es decir mío y de Nancy, me vuelvo con el muchacho.

El judío se estremeció y Oliverio también, pero por un motivo bien distinto, pues esperaba que la disputa terminaría por ponerle en libertad.

—¡Ea!, dijo Sikes, ¿queréis darme eso, sí o no?

—Esto no es justo, Guillermo; ¿es verdad, Nancy, que no es justo?, preguntó el judío.

—Que sea justo o no, os repito que me lo deis. ¿Sin duda habéis creído que Nancy y yo no tenemos en qué emplear el tiempo mejor que en seguir la pista a los muchachos que se os escapan? Dadme eso, viejo ladrón, ¿me entendéis?

Diciendo estas palabras, Sikes cogió el billete que el judío tenía entre su bolsillo y la mano, y luego, mirando fríamente a Fagin, dobló el billete y lo metió dentro de un nudo que hizo en su corbata.

—Esto es la recompensa de nuestro trabajo, dijo Sikes, bien que no es todo lo que vale; en cuanto a vos, podéis guardaros los libros si os gusta la lectura; de lo contrario podéis venderlos.

—Éste es muy interesante, dijo Charlot Bates, que fingía leer uno de aquellos libros en cuestión, haciendo mil gestos; hermoso estilo, ¿verdad, Oliverio? y al ver el aire compungido de éste, Bates, que tenía la costumbre de ver todas las cosas por su lado cómico, se abandonó a un nuevo transporte de alegría todavía mayor que el primero.

—Pertenecen al buen anciano, dijo Oliverio alargando las manos, al bueno y generoso anciano que me recibió y que me ha retenido en su casa y me ha cuidado cuando estaba muriéndome; mandádselos, yo os lo suplico; mandadle los libros y el dinero; ¡guardadme a mí aquí toda mi vida, mas os suplico le devolváis eso para que no crea que le he robado! La anciana y todos los que han sido tan buenos para mí, creerán que yo soy un ladrón; ¡oh!, ¡tened piedad de mí y devolvédsele!...

(Continuará.)

RECETAS CULINARIAS

Gallina en su propio jugo

Estando limpia y sin vientre, se pone a asar en unas parrillas, untándola muy a menudo con manteca muy derretida, zumo de limón, sal y ajos machacados. Cuando esté medio asada, se pone en una cazuela, y se echa manteca, pimienta, perejil picado, sal, dos o tres hojas de laurel, el unto o manteca que sobró del asado, media escudilla de aceite crudo y el agua suficiente hasta cubrirla; se deja que hierva hasta que esté blanda; se saca la gallina; deslíense en el caldo ocho yemas de huevos, batiéndolos bien para que espese el caldo; se le deja hervir un poco y se echa por encima de la gallina, que estará en una fuente, y se sirve.

Mero a la marinera

Escámesese, vacíese y divídase el mero en dos partes a lo largo, cortando acto seguido las mitades en trozos, que se pondrán a la lumbre en una cacerola, mojándolos hasta cubrirlos con un semicaldo de vino tinto, para dejarlos hervir un cuarto de hora. Decántese el líquido, dejando el pescado en la cacerola, y con aquél hágase una salsa, que cocerá veinte minutos y a la cual, luego de espumarla, pasarla por tamiz y reducirla a un tercio, se agregará el pescado, con dos o tres docenas de cebolletas. Al cabo de diez minutos de cocción a fuego moderado, el guiso podrá servirse.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT
Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

DENTIFRICOS HIGEA

ELIXIR
POLVOS
CREMA



ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, Paris.

EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

LAFUENTE

Historia General de España

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII
POR D. MODESTO LAFUENTE
CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS POR D. JUAN VALERA
CON LA COLABORACIÓN DE
D. A. BORREGO Y D. A. PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 3.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas — Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, a **5** pesetas uno.

HOMENAJE AL POETA DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Edición de gran lujo, tamaño folio, de sus bellísimas **DOLORAS**, ilustradas con numerosas viñetas intercaladas en el texto, dibujadas por los celebrados artistas **José Luis Pellicer** y **José Sala** y veintiséis preciosas láminas, impresas en colores, copias de otros tantos cuadros del notable pintor **José M.^a Tamburini** ejecutados expresamente para esta edición. Agotada la tirada de este libro y siendo muchos los pedidos que se reciben de esta notable edición, hemos procurado completar un número escaso de ejemplares que ponemos á la venta, lujosamente encuadernados, al precio de 15 pesetas ejemplar.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplease el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

Ayuntamiento de Madrid